Los balleneros

Jesús Torres Chavera

- ¡Ballena...! ¡Ballena...!
- ¡Ballena por la amura de babor!

Aquellos gritos desaforados los profería el vigía de la cofa y fueron como el gatillo que disparó una andanda de órdenes por las cubiertas de la fragata ballenera. El joven Miguel, que en aquel instante se hallaba en el alcázar, subió como una tromba al puente justo en el momento en que su experimentado capitán mandaba gobernar por la banda del avistamiento. No quería perderse ningún detalle.

A lo lejos la irregular línea del horizonte parecía cortada por dos surtidores proyectados en forma oblicua y hacia adelante, característica propia de los cachalotes. Eran dos, y la ancha y pesada embarcación acortaba la distancia, lenta, pero segura.

Los bogas encargados de las chalupas de caza pegaron un último vistazo a sus aparejos junto a los pescantes, esperando impacientes la orden para lanzarlos al agua. Súbitamente un pronunciado bandazo hizo embarcar un torrente de mar que por poco no barrió de la cubierta a dos marineros, la mar parecía arbolarse.

A los quinientos metros de la presa retumbó nuevamente el vozarrón del capitán a través de una portilla del puente de gobierno.

- ¡Arríen las chalupas!

La dotación del primer bote aprovechó un recalmón y maniobró hasta descender al agua, allí soltaron los cabos que los ligaban a las fragatas. A pesar del fuerte balance la liviana embarcación es alejada rápidamente del costado del casco con los bicheros. Entre tanto los remos arbolados hasta aquel momento ahora son cambiados de posición cuando el patrón indica:

- ¡Armen!

A esta voz, y con milimétrica precisión, los remos caen horizontalmente sumergiéndose en la agitada superficie del mar; enseguida los remeros sentados a plomo en las bandas inclinan sus cuerpos hacia adelante extendiendo al máximo los brazos y cerrando los muslos fuertemente, recogiendo luego sus brazos hacia atrás. Así una y otra vez, y con la mayor rapidez posible. El esfuerzo desplegado es tal que pareciera que cada músculo en tensión está a punto de rasgarles la piel y salir expulsado del cuerpo, principalmente los de los brazos, piernas y cuello.

En cada palada el bote rasga veloz el seno de las encabritadas ondas, luego remonta sin dificultad la próxima cresta que se avecina. Así, palada tras palada, hasta muy cerca de la presa. En el ínterin otro bote ballenero ha sido arriado y se aleja sin seguir las aguas del primero. A nuestro amigo Miguel le habría agradado abordar algunos de ellos.

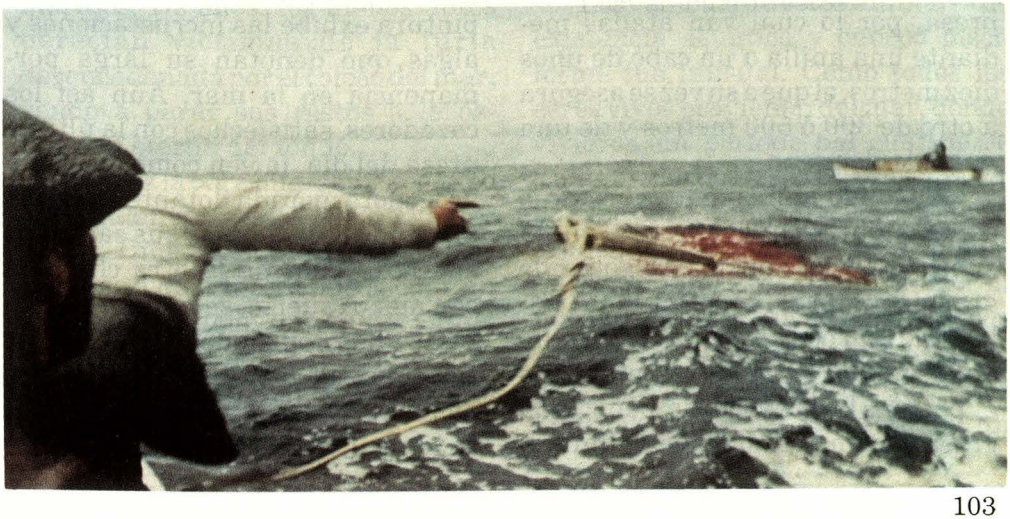
Las embarcaciones menores utilizadas para la caza llamadas chalupas o balleneras, tienen generalmente entre 7 y 10 metros de eslora por 1.5 de manga y son construídas de recios tablones de cedro y con dos proas. Se les impulsa con 4 ó 6 remos largos y su tripulación consta de un patrón, un arponero y cuatro o seis remeros.

Veinte minutos después, el ritmo de los bogas baja notoriamente. La chalupa ahora se encuentra al alcance de la víctima y ésta se desplaza distraídamente entre dos aguas. Por momentos el mar picado sumerge ligeramente su dorso y un leve resuello llega a ellos. La aproximación final se hace por la parte posterior del enorme cuerpo húmedo y palpitante. Ahora sólo pocos metros lo separan de la punta del arpón que, centelleante y en alto, tiene el patrón. Sobre él se fijan las miradas del resto de los cazadores cuando en el instante decisivo el arma es arrojada velozmente y va a incrustarse, acompañada de un sonido pastozo, tras la base de la aleta. La pericia del arponero queda fuera de toda duda cuando el gigante del mar reacciona inmediatamente con un estremecimiento lastimero, instintivamente hunde la cabeza y provoca un vorágine en torno a le frágil chalupa. Antes de sumergirse por completo la descomunal cola gris rasga el aire en dirección incierta, amenazando golpearlos.

La suerte pareciera estar de parte de los marinos porque, acto seguido, el cabo del arpón empieza a tensarse casi verticalmente hacia el fondo, indicando la dirección que lleva el cachalote herido. Lo prudente en esos casos es lascar lo necesario y tratar de adivinar por dónde ha de emerger. En minutos, y como si se tratase de una tromba invertida ascendiéndo desde el lecho del océno, la descomunal cabeza del cachalote emerge orlada de espuma y emitiendo un colosal resoplido. Son segundos de pavor los expe-







rimentados cuando la cola roza la borda en una veloz contorsión, aunque sin fuerza suficiente para hacerlos zozobrar, volviéndoles el alma al cuerpo cuando ven que después del fallido intento de embestirlos el animal herido se aleja sin rumbo. A partir de aquel momento todo se limitará a dejarse remolcar por él hasta qué, debilitado por el esfuerzo, ofrezca menos resistencia. Esto sucederá dos horas después.

El arpón ballenero utilizado en esta ocasión es de aquellos de punta metálica y con púas vueltas hacia atrás, las que hieren y sujetan el cuerpo del animal. A bordo de la ballenera también llevan otros tipos de arpones. Allí está uno parecido a una jabalina, de mango de madera resistente y con la punta metálica en forma de flecha: también hay otro enteramente de metal pero más corto y con la punta dentellada: y por último, llevan otro cuya punta tiene grandes púas vueltas hacia atrás. Todas estas armas arrojadizas tienen por función primordial asegurar la presa, por lo cual van atadas mediante una anilla a un cabo de unos diez metros, el que a su vez se asegura a otro de 300 ó 500 metros y de una pulgada de mena.

Llegando el momento el cetáceo se encuentra nuevamente en la superficie y exhausto. El golpe de gracia entonces es efectuado utilizando el arpón en forma de jabalina que segundos antes ha desenfundado el patrón. La trayectoria penetra la grasa y avanza destruyéndo fibras y músculos para llegar en el último tramo al corazón o a los pulmones, únicos órganos que al ser atacados dan fin al dantesco drama de la lucha por la existencia entre el hombre y la bestia del mar. El epílogo es un enorme y tibio chorro de sangre expelido con fuerza por la herida, un último estertor y todo ha terminado para la víctima. Esta vez ganó el hombre.

A poco de expirar, el cuerpo está casi semi hundido y al garete, ocasión propicia para que, como por encanto, aparezca una enorme mancha de cabinzas, devoradores insaciables de la piel del cachalote, por la cual parecen sentir especial predilección pues acometen con tal deleite que rápidamente las dentelladas dejan profundas marcas.

Entre tanto la fragata ballenera con sus 300 toneladas va aproximándose sólo con las velas altas. El peculiar y rancio hedor originado en los hornos donde se funde la grasa, cerca al trinquete, satura el ambiente. El rechoncho casco falto de pintura exhibe las incrustaciones y algas que denotan su larga permanencia en la mar. Aún así los cazadores, satisfechos con la última presa del día, la ven como la tibia y acogedora morada flotante en donde pronto han de reposar sus cansados cuerpos. A los de la otra chalupa, con menos suerte, se les ve a lo lejos realizando denodados esfuerzos por terminar su faena; por momentos sus siluetas se dibujan ágiles contra la tenue luz del ocaso.

A hombres intrépidos y arriesgados como éstos se debe el descubrimiento y la exploración de las regiones polares.

Pero no se crea que la caza de la ballena fue siempre así.

Lejanas leyendas y antiguas crónicas nos han mostrado otra cara del drama de los marinos balleneros, y que se iniciaba, por diversas causas, con un arponazo mal colocado y un animal excepcionalmente fiero. El mal tiro enardecía el mamífero que como siempre, instintivamente, buscaba el fondo desde donde emergía velozmente justo debajo de la chalupa, levantándola en vilo y poniéndo la quilla al sol, ensañándose luego en destruirla a golpes junto a sus tripulantes caídos al mar. Allí la cosa ya era grave por los continuos y tremendos ramalazos efectuados por la cola que podía medir, de punta a punta, seis metros, convirtiendo el escenario en una vorágine donde se mezclaban los restos del bote, remos, cabos y demás aparejos y, en medio de todo, los marinos. De ellos, los menos aptos perecían víctimas de la furia desencadenada por el coloso del mar, yendo a parar sus restos a la oscuridad eterna del fondo.

Tal vez la obra que mejor describe noveladamente estos accidentes es Moby Dick, fascinante obra de Hermann Melville, donde el capitán Achab y casi toda la tripulación de su ballenero Pequod sucumbieron en la lucha. En aquella ocasión ganó la bestia.

¿Y en aquel momento cual será la ocupación del joven Miguel? Lo imaginamos empuñando la rueda de cabillas o efectuando precisos cálculos sobre las cartas.

Pero no perdamos de vista las actividades a bordo de la fragata, en donde otra gente se apresta a la tarea de destazamiento armada de enormes cuchillos con mangos de madera, los cortes son efectuados longitudinalmente con singular pericia formando largas tiras. La capa de grasa tiene hasta treinta centímetros de espesor y después del corte es retirada mediante los grandes cuadernales del aparejo instalado en lo alto del palo mayor, en forma de largas lonjas, las que antes de enviarse a los calderos son cortadas en grandes trozos. Allí el calor es insoportables.

La cantidad de aceite obtenido de la fundición de la grasa, la carne y los huesos, es aproximadamente de 18 a 25 toneladas, por este y otros productos es que siempre se le dio caza.

Los cambios de estos animales de existencia acuática y cuerpo pisciforme fue inusual. Como todos los seres vivos provienen del mar, donde vivieron un periodo del cual no se tiene memoria. Después, presionados por las incontenibles fuerzas de la evolución ganaron la tierra, donde pudieron hacer a sus anchas con nuevas características morfológicas como patas por ejemplo...Este hecho nos trae a la memoria que hace algunos años los huesos de un

ejemplar con estas características fueron encontrados a 120 kilómetros de El Cairo. Los paleontólogos manifestaron que vivió 40 millones de años atrás. En aquella ocasión el científico Philip Gingerich, director del Museo de Paleontología de Michigan, expresó: "Nunca pensé que una ballena de aquella época pudiera tener pies". Fue bautizada con el nombre de Basilosaurus Isis.

Más tarde, y por motivos desconocidos, estos mamíferos cambiaron nuevamente de habitat y volvieron a poblar los mares, supliendo sus extremidades por aletas. Esto sucedió hace más de 50 millones de años y hasta la fecha están allí.

Pero la ciencia no terminará de asombrarnos jamás. Recordemos otra noticia publicada en diciembre de 1988 por el Consejo Nacional de la Ciencia y Tecnología y nos demostrará esta aseveración. En aquella ocasión se detallaba el hallazgo en nuestro país de una ballena que resultó ser una especie nueva para la ciencia, designándosele con el nombre de Mesoplodon Peruvianus. Es un cetáceo menor como los delfines y las marsopas, que miden entre 4 y 7 metros. Algunos ejemplares fueron capturados en aguas adyacentes a los puertos de Pucusana, Cerro Azul y Huacho.

Los biólogos, después de exhaustivas comparaciones y estudios, determinaron que esta especie era desconocida y rara, destacándose que "este cetáceo es la segunda especie que sale a luz en Sudamérica en este siglo, y es un ejemplar más de la diversidad biológica de nuestro país".[1]

Y es que el antiguo hombre de nuestro litoral conoció y aprovechó las ingentes riquezas hidrobiológicas de su mar, llegando inclusive a aprovecharse de los cetáceos, cazándolos desde sus balsas de odres allá en la mar de la costa atacameña, "con asombrosa precisión y mucha temeridad".[2]

Sin embargo se conoce que fueron los pescadores vascos (norte de España) los que originaron la caza sistemática y organizada de ballenas en el Golfo de Vizcaya, donde abunda la ballena franca (Balaena biscayensis). Más tarde, en el siglo XIV, cuando su experiencia y la capacidad de sus embarcaciones se perfeccionó, fueron ampliando sus áreas de caza hasta llegar a Terranova y Groenlandia, donde levantaron factorías.

Estos animales fueron ganando cada vez mayor importancia como productores de valiosos recursos por lo que se les persiguió sin tregua ni control.

Como sabemos los cetáceos no son peces, pues pertenecen al orden

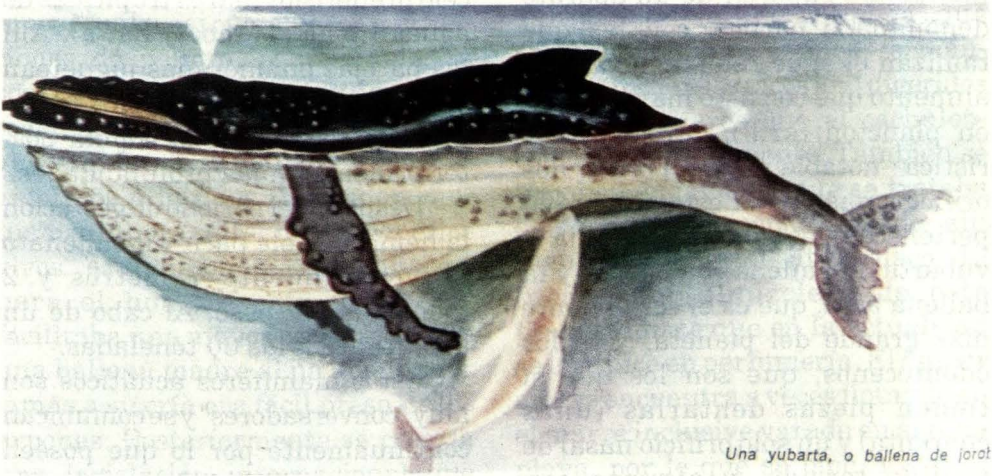
1 Diario *El Comercio*, 17 de diciembre de 1988.

2 Hermann Buse de la Guerra. *Historia Marítima del Perú*, tomo II, vol.2. Lima, IEHM, 1973.

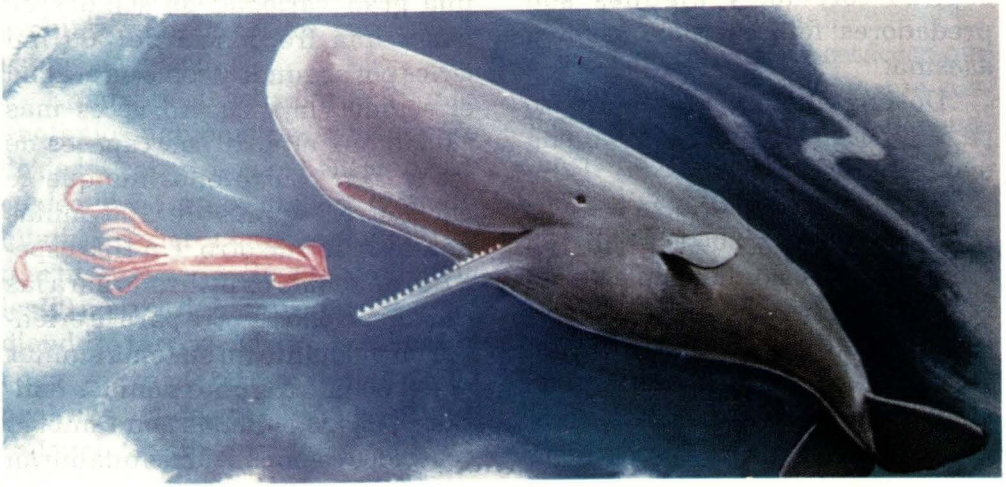


La presa favorita de los balleneros, la ballena azul. El más grande de los seres vivientes es un animal de majestuosos movimientos y un ejemplo asombroso de la adaptación a la vida acuática.

Por ALDO P. TOMO



Una yubarta, o ballena de jorob



de los mamíferos por su respiración pulmonar y por disponer por órganos de lactancia, solamente que se han adaptado maravillosamente a vivir en el agua, algunos en el mar, como las diversas ballenas y el cachalote, y otros pocos, muy especializados como los llamados sirénicos, en agua dulce, como el manatí y el dudong.

El orden de los cetáceos se divide en dos sub-órdenes: a) los mistacocetos, que se caracterizan por no tener dientes, sólo disponen en la mandíbula superior de un aparato denominado barbas, con las que tamizan el agua reteniendo allí su alimento que consiste mayormente en plancton (krill). Otra característica notable es que poseen dos orificios nasales. A esta sub-orden pertenecen la ballena jorobada o vubarta, la ballena con barbas y la ballena azul, que es el ser viviente más grande del planeta: y b) los odontocenos, que son los que sí tienen piezas dentarias (unas cuarenta) y un solo orificio nasal de soplido torcido, y algunos son predadores feroces como la orca asesina.

Detengámonos un momento para conocer algo sobre la ballena azul y el cachalote.

La ballena azul alcanza a medir hasta 33 metros y puede pesar 150 toneladas. El color de su piel es en realidad gris oscuro, algo azulado y con algunas manchas blancas, en su región ventral presenta un tono amarillento. Es facilmente reconocible por su característica aleta dorsal cuando se le avista en el mar abierto. Al sumergirse, lo puede hacer hasta mil metros de profundidad y suspender la respiración por una hora, manteniendo la mayor cantidad de aire en la sangre, en los músculos y en los tejidos. Su corazón bombea mil litros de sangre: y su lengua pesa tranquilamente...¡4 toneladas!

El habitat predilecto de estos ejemplares es la zona polar del Sur, aunque cuando llega la época de celo prefiere los mares tropicales de aguas tibias (Tumbes, Paita). Allí las parejas enamoradas juguetean dando grandes saltos sobre la superficie, realizando la cópula posteriormente en las profundidades.

Después del periodo de gestación la hembra suele parir un ballenato de generalmente 7 metros y 2 toneladas de peso. Al cabo de un año llegará a las 30 toneladas.

Estos mamíferos acuáticos son muy "conversadores" y se comunican continuamente por lo que poseen una gran variedad de sonidos de hasta una frecuencia de 300 mil ciclos por segundo y como en el agua el sonido viaja cuatro veces más rápido que el aire, son capaces de "conversar" entre ellos aunque se encuentren a más de 100 millas náuticas uno de otro. Un tipo específico de sonido es utilizado para las conversaciones, y otro para la orientación mediante un sistema similar al del sonar. Algunos sonidos emitidos por las ballenas son también conocidos como canciones que duran

de 15 a 60 minutos, ocupando una amplia banda de frecuencia, pasando muy por debajo del sonido más grave que el oído humano puede oir o detectar.

El desarrollo alcanzado por estos animales hace que su convivencia familiar sea pacífica y las relaciones entre madre y cría se efectúan demostrándose afecto y ternura, motivo que nos lleva a pensar en el grado de evolución de su cerebro que los faculta a disponer de una gran capacidad memorística y hasta de pensamiento conceptual, casi increíble. En situaciones de peligro, por ejemplo, se conoce muy bién cómo actúan: protegen siempre a los miembros más vulnerables de la manada y si están enfermos o heridos se ayudan mutuamente para tratar de mantenerlos vivos. Antiguamente, sin embargo, para el hombre este detalle le facilitaba una mayor cacería, ya que una ballena madre al no abandonar jamás a su cría era fácil presa de los arpones. Posteriormente se crearía una legislación internacional que prohibe cazar cetáceos con cría o estado de gravidez.

En cuanto al cachalote podríamos anotar los siguientes: es el más grande de los cetáceos con dientes, de los cuales lleva cuarenta en la mandíbula inferior y que suministra un marfil apreciado. Su cuerpo llega a los 20 metros de longitud, correspondiendo la tercera parte a la cabeza, y cuya parte antero-superior tiene grandes cavidades llenas de un finísimo aceite que se solidifica y cristaliza al enfriarse, utilizándosele para la fabricación de productos de calidad excepcional. Un cachalote adulto puede rendir de 80 a 100 barriles de aceite obtenidos de la carne y su grasa. Otro motivo, cierto o no, por lo que también se le buscaba antiguamente, parece responder a una creencia pueril ya que se pensaba que poseía una substancia con grandes poderes afrodisíacos: el mítico remedio se llama ámbar gris. Sin embargo se pudo determinar que en realidad se trata de una substancia sólida y opaca que procede de sus intestinos, formándose en torno a los picos mal digeridos de los calamares que el cachalote come abundantemente. También se creyó erróneamente que se trataba del semen del cachalote, de allí seguramente lo de afrodisíaco. El fuerte olor almizcleño de este producto hace que en la actualidad se le utilice en perfumería. El ámbar gris se encuentra a veces flotando en el mar, e inclusive varado en alguna playa, por lo que se piensa que es vomitado por el animal.

De los millones de cetáceos que existían en el pasado y que disfrutaban de la seguridad y abundancia de todos los mares de globo, hoy sólo quedan unos cuantos miles. Felizmente desde 1938, en que se reunió la Primera Comisión Ballenera Internacional, cambió un poco la suerte de estos animales, ya que esta institución se encarga de proponer la cuota anual de caza, inclusive su moratoria. Nuestro país,

valorando la importancia del control que evitará el exterminio de este valioso recurso, también es miembro de dicha Comisión: sus pricipales medidas son: 1-Protección de inmaduros (prohibido cazar ballenas acompañadas de crías). 2-Limitación de animales capturados anualmente. 3- Creación de una zona de reserva situada al sur de 40° lat. Sur y entre 70° y 160° long. Oeste, en donde está estrictamente prohibido cazar. 4- Prohibición total de la captura de especies amenazadas de extinción.

En la actualidad aquella época un tanto romántica donde el valor y la pericia marinera sobresalían, ha dado paso a la matanza fría y sin riesgo. Mas es necesario hacer una excepcional aclaración y es que solamente existe un lugar en el mundo donde hasta hace algunos años atrás se cazaba el cachalote en frágiles embarcaciones y prácticamente a mano como hace un siglo, los encargados de mantener esta valerosa tradición son los isleños de las islas Azores.

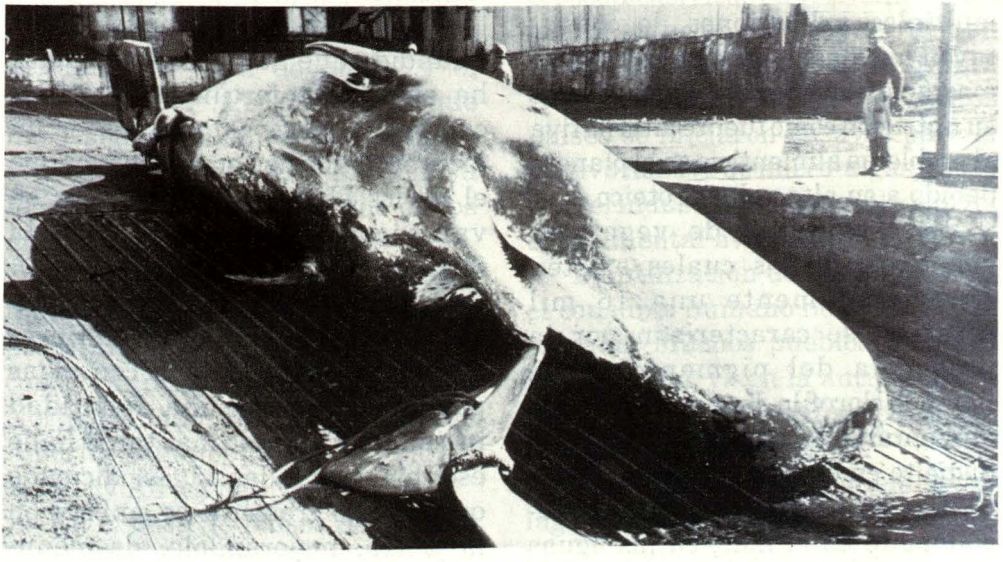
El resto de cazadores de cetáceos utiliza métodos modernos que se desarrollaron a partir de 1878, año en el que el noruego Svend Foyn inventó el cañón lanza-arpón produciendo una verdadera revolución en la industria ballenera, Más tarde aparecerían otras armas más efectivas y terribles: Los arpones explosivos y los eléctricos, con descargas fulminantes. Con estas técnicas se procura una mayor calidad de la carne y un menor costo de operación.

Por otro lado, los barcos balleneros comenzaron a ser construidos cada vez con mayor tonelaje, hasta llegar a poner a flote gigantescos buques-factoría en donde en cuestión de minutos es posible beneficiar completamente la cacería del día. Estas unidades altamente especializadas portan helicópteros que les proporcionan un mayor radio de acción, desplazando hasta 32,000 toneladas de arqueo bruto, contando con una autonomía prácticamente indefinida y con todas las comodidades necesarias para sus 400 tripulantes.

Y a todo esto, se preguntarán quién sería Miguel, el joven aquel que nombráramos al inicio de esta crónica. ¿No sería aquel capitán que más tarde, en una brumosa mañana de octubre, frente a Punta Angamos, partiera a la gloria conduciendo a una pléyade de valientes marinos peruanos?

Tal vez... porque según propia relación. NUESTRO GRAN COMANDANTE estuvo embarcado durante casi dos años en la fragata ballenera norteamericana *Oregon,* aprendiendo el duro oficio de hombre de mar.





BIBLIOGRAFIA

Enciclopedia General del Mar. Ediciones Garriga S.A. Barcelona. Primer volumen- Edición 1982. Págs. 1173-1189.
Historia Marítima del Perú. Hernan Buse de la Guerra. Tomo II- Volumen 2, IEHM-1973.
Revista Life, Enero 1963. Págs. 115-122
Diario El Comercio, 17 de diciembre, 1988, y suplemento Somos, del 29-06-91.